

Perspectivas feministas, de género y cambio de modelos de relación

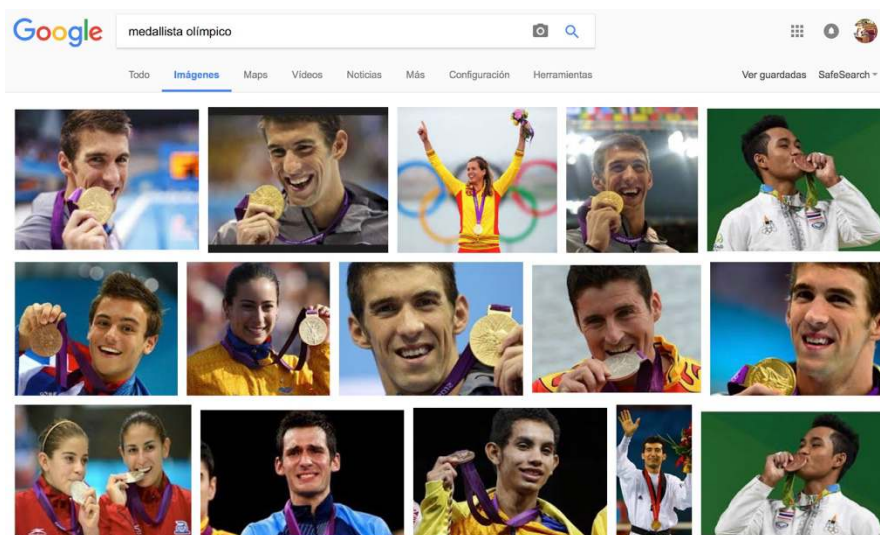
Este trabajo tomará los textos usados en la “Práctica Sesión 6: perspectivas feministas” como conductor para analizar, en primer lugar, el texto de Fausto Sterling y, posteriormente, reflexionar sobre el propio contenido de la práctica enmarcando en todo momento sendo análisis en el contexto de cambio de modelo de relación.

Primera parte: en relación al texto de Fausto Sterling y a las perspectivas de género

Hay algo que, a mi parecer, resulta tanto evidente, como especialmente interesante –si se lee desde ciertas perspectivas- en el caso de la prueba que realiza el COI, y es el porqué de que esta sólo se realice a mujeres. Es evidente en el sentido de que parece poco discutible que si esta prueba se practica únicamente en mujeres sería porque: al tener éstas menos capacidad física, tiene mucho más sentido que un hombre intente participar (con ventaja) en pruebas femeninas que lo contrario. De hecho, si se diera el caso de que una mujer participara en pruebas masculinas apenas generaría esto ningún conflicto, pues esta estaría jugando “en desventaja”. Probablemente esta mujer fuera incluso elogiada, claro, con cierto paternalismo. Por su parte, un hombre que intentara participar fingiendo ser mujer sería visto como tramposo. Como decía, todas estas reacciones nacen bajo la idea de que “el hombre” es más apto físicamente que “la mujer”, algo que, bajo las categorías en las que nos movemos habitualmente resulta, tal como comenté, evidente.

Pero también dije que es especialmente interesante. O al menos me lo parece en el sentido siguiente. Al buscar imágenes de “medallista olímpico” en internet nos damos cuenta de algo: la mayoría son morenos.

Obviamente no es un criterio totalmente científico buscarlo así, pero sí nos da una idea de que, aunque las proporciones no sean esas exactamente, lo que alguien imagina al pensar en un medallista olímpico, es una persona morena y que, además, los/las morenos/as tienden a



ganar más medallas que rubios/as o pelirrojos/as. Pese a esto, no se establece ningún tipo de corte o segregación en base al color de pelo. Se podría contrargumentar este ejemplo diciendo, por ejemplo, que no existe diferencia física entre rubios/as y morenos/as, o que participan más morenos/as.

Lo que trato de decir con esto, aunque sea un ejemplo particularmente débil, es que las categorías que usamos para dividir y clasificar grupos de individuos se construyen y no nos preexisten. El hecho de denominar a alguien “mujer” u “hombre” no sería, de algún modo más que agrupar en paquetes una serie de características y tratar de comparar a todo el mundo con ese modelo ideal para así clasificar. Alguien podría decir, para el caso de los Juegos Olímpicos, que estas diferencias son reales, pues las medias masculinas tienden a ser superiores que las femeninas. En ningún momento pretendo discutir ciertos componentes biológicos. Pero creo que hay determinadas circunstancias que no se explican únicamente en base a estas características. Para argumentar lo contrario se podría decir que el rol que construye la sociedad en torno a la mujer engloba una serie de características que hacen que esta tienda, por ejemplo, a participar menos en este tipo de competición, y, si lo hace, a preferir determinados deportes. En este sentido en los JJOO de 2012, el 60% de los participantes eran hombres, mientras que sólo el 40% mujeres, sin embargo, en las pruebas en las que la participación femenina fue mayor, obtuvieron mejores medias que los hombres. Para el año 2016, en Río cuatro de los siete oros logrados por el equipo español, correspondían a mujeres. De esta forma, se puede empezar a pensar que, pese a haber alguna diferencia física, la forma en la que construimos nuestra visión del sexo-género patentemente influye.

Sin duda, este tipo de perspectivas que tienen que ver con una clasificación binomial de los sexos plantea bastantes problemáticas en torno al deporte, y el caso de la nadadora del texto de Fausto Sterling continúa siendo un buen ejemplo. Desarrollando un poco más algo de lo que dije antes, para obtener ciertas certezas en torno a nuestra propia identidad tenemos a clasificar las cosas, pero a veces olvidamos que la clasificación es ulterior a lo clasificado. Un ejemplo de esto para salir del sexo podría ser... la clase obrera. Los obreros, a diferencia de las margaritas, no brotan de la tierra, sino que los definimos en una estructura con respecto a otras personas, esto no quiere decir que los obreros no existan, ni que sí lo hagan, simplemente que la consideración de obrero es una categoría de análisis, o, simplemente de auto-ubicación. De esta forma ocurre también con el género. Y del mismo modo que muchos marxistas cerrados plantean problemas a la hora de clasificar a las “clases medias”. A muchas de las que pensamos en categorías hombre/mujer también nos aparecen conflictos. Un marxista cerrado podría decir que las clases medias, profesiones liberales... en tanto que desposeídas de medios de producción, son clase obrera. A lo mejor la categoría temblaría un poco, ya que no estarían desposeídas de su fuerza de trabajo, pero se ajusta. Lo mismo pasa con el sexo. Alguien que estuviera muy cerrada en este sentido tendría muy serias dificultades a la hora de clasificar a María Patiño. Por una parte, en tanto que “falta de pene” y “dotada de caderas anchas y mamas” sería coherente pensarla como mujer: pero habría un criterio científico que diría lo contrario. De esta forma, y teniendo en cuenta que nos encontramos en una estructura binaria, entiendo que lo coherente sería

que fuera su género el que definiera su autoconstrucción del sexto, es decir, que habría que considerarla mujer. Sin embargo, se plantean otras dos principales “soluciones” o mejor dicho “formas de leer” su situación.

La primera, que no comparto, sería buscar un sistema de clasificación en el que sí encajara. Sabemos que muchas otras culturas alrededor del mundo, plantean estructuras sexuales que no son una cuestión binaria. Tres sexos en india o culturas asiáticas que plantean hasta doce... Hay otras lecturas incluso, que entienden que el sexo no sería ni siquiera algo cerrado, sino que pasaría a depender del estado de ánimo u otros factores, a veces de tipo ambiental. En este contexto habría quien propondría que lo que tendría que hacer la nadadora es tratar de identificarse a sí misma dentro de alguno de ellos. Con todo, personalmente, no creo que sea algo que solucione el problema. Creo que cualquier forma de construir del sexo ha de aspirar a desaparecer. Me explico a continuación.

En la segunda parte del texto de Sterling, la que llama “¿Sexo o género?”, la autora expone como, históricamente, tanto desde el feminismo como desde el *cientifismo biológico* ha habido un cierto acuerdo en separar sexo (lo biológico) y género (lo construido). De esta forma tu sexo es “mujer” porque tienes genes <X X> con sus habituales consecuencias físicas, pero tu género es mujer porque te auto-transformas en mujer. Y esta tendencia, la que renuncia a la disputa del género, fue seguida por muchos movimientos feministas y, de hecho, es lo que se enseña en los colegios. Una de las cristalizaciones feministas más representativas de esta lectura es el llamado “feminismo de la diferencia”. Que vendría a decir de alguna forma que las mujeres y los hombres “son”, y en tanto que “son”, son también esencialmente diferentes. Es un feminismo que parte, precisamente, de la(s) diferencia(s) sexual(es). Es una lectura que plantea ciertos elementos de interés, como la importancia de lo simbólico en la producción de sentido. Este movimiento plantearía, en algún sentido, la construcción de un *nuevo sujeto mujer* más empoderado, y con una agenda diferente, pero también un cambio en la centralidad del tablero que cambiaría la lectura de ciertos temas. De alguna forma estaría diciendo que el sujeto de la disputa es “el género”. Hay una serie de problemas estructurales que derivan en una construcción del género que hace que (yendo a texto de Sterling) “las mujeres suspendan matemáticas”. Sin embargo, creo que esto plantea ciertos problemas. Es una forma de pensar que no termina de entender que el sexo puede ser una categoría no únicamente física. No se puede desvincular totalmente sexo y género, pues muchos de los elementos que recorren el género van de la mano ciertos atributos “físicos”. De hecho, lo que nos lleva a asumir un género es una supuesta *determinación física*. Sería una forma, esta separación, de esencialismo, que tendería a entender que el género es el reflejo, el sustantivo de una propiedad esencial, el sexo, que auténticamente *es* y que tiene una serie de consecuencias no contingentes. De esta forma: es hombre

porque tiene pene (y quien tiene pene es un hombre); tiene pene porque es un hombre (y los hombres tienen pene).

Cerrando esta primera parte, más atrás comenté que, además de –para este caso- dejar que la nadadora se auto-identificara en base a lo que ella se sintiera, restaban otras dos posibilidades. Y rechacé la primera, es decir, la que tiene que ver con “ampliar el espectro de sexos-géneros a elegir”. De esta forma, aunque la he dejado intuir a lo largo de la exposición, planteo la segunda posibilidad –que comparto- de forma concreta. Dije más arriba que “cualquier forma de construir del sexo ha de aspirar a desaparecer”. Y es algo que creo haber expuesto razonablemente. Sin embargo, añadiría un par de asuntos puntuales más. No sólo la perspectiva de sexo (en tanto que propiedad relacional, y mucho más “esencial”) ha de desaparecer, sino que con ella lo han de hacer las sexualidades. Desaparecer, al menos en un aspecto científico. No es coherente pensar en una persona homosexual (propiedad esencial, le gustan, por la ontología de ser homosexual, personas del mismo sexo) dentro de un marco de propiedades relacionales. No tiene sentido lógico ser “en sí mismo” alguien que es atraído por otros *alguienes* que son “según se relacionen” y no “según sean. En esta forma de leer, alguien homosexual, bisexual, demisexual... No podría ser leído como alguien que “es” homosexual, bisexual o demisexual, sino como alguien que imita esta propiedad relacional. De esta forma, entiendo que una forma adecuada de pensar el sexo sería como un continuo, más que como una esencia.

Segunda parte: a modo de puntualización, en torno al asunto del cambio de los modelos de relación, rol del hombre, etc.

He querido incluir este punto porque me parece totalmente imposible entender cualquier cambio en torno a la lectura del sexo-género sin encuadrarlo en un marco social como es el del cambio en torno a los modelos de relación y con ellos, la concepción del amor. No creo que haya simplemente una sencilla línea de causalidad entre ambas, sino más bien una suerte de correlación de la que se retroalimentan.

Todo esto tiene mucho que ver con la búsqueda de certezas. Si los viejos horizontes de certidumbre caen, se abre un proceso. Un diálogo en el que actores ponen a competir sus definiciones, se trata de una ventana de oportunidad que acelera la transformación. Es evidente que la institución familiar, uno de nuestros principales centros de certidumbre se está moviendo: cambios en la edad habitual de matrimonio, en los roles en este –hoy en día no significa lo mismo ser mujer u hombre en un matrimonio que hace 50 años-, cambios en las relación padres/madres-hijos/as... Todo esto viene, claro, dado por otra serie de factores que tendrían que ver, por ejemplo, con la incorporación de la mujer al trabajo, el abandono de la religión como canalizador de “lo trascendente” o la alteración en las estructuras de organización empresarial.

Estas circunstancias han conducido a una resignificación, o mejor, relectura, del papel del amor, que pasa a ocupar una nueva centralidad. Como expusieran Beck y Beck-Gernsheim, el amor habría tomado el papel de una nueva religión. Y esto conlleva en general una serie de consecuencias que cambian como se construye, en muchos sentidos, el individuo. Una buena muestra de cómo afecta este concepcional, se encuentra en textos como el de Alexander Ceciliasson. En su carta abierta a los hombres se dejan ver claramente los impactos de un nuevo modelo que tendría mucho que ver con este cambio en el modelo de relación que bebe de la atribución “religiosa” al amor. Es un texto que se interroga a cerca del funcionamiento de los modelos de relación hombre-mujer y los cuestiona.

Entiendo que todo este tipo de transformaciones, además de todo lo que comenté en la primera parte sólo se puede leer correctamente si en acompañado por esta perspectiva. De este modo, esta segunda parte del texto, más que pretender ser algo radical al texto, pretende serlo transversal a este, es decir, un ajuste en la graduación de las gafas para poder leer la situación más nítidamente, o teniendo en cuenta más detalles.

Tercera –y última- parte: *a modo de crítica al uso del texto “¿Qué es eso de la teoría Queer? De Carmen Hernandez” para introducir a la teoría Queer*

Aclarar, en primer lugar, que la crítica no es tanto al texto como a su uso como forma de introducir a la teoría Queer, claro que, como el título del mismo invita a pensar que esa es su función, supongo que podría extender la crítica al texto en sí. Esta es una crítica que nace de una situación personal. Cuando leí este texto antes de la clase, quedé tan confuso con el mismo que tuve que releer mis propios apuntes sobre lo que era la teoría Queer.

Quiero decir, yo conocía la teoría Queer, y entendí lo que ponía en el texto, pero me pareció que había una incoherencia entre ambas. Una vez lo analizas te das cuenta de ciertos elementos, y esos son los que quiero compartir. Mi diagnóstico personal en torno a este texto es que está escrito partiendo de la base de que si explicas la teoría Queer no te van a entender. Algo bastante evidente teniendo en cuenta frases como “No es fácil de explicar”. Evidentemente la teoría Queer es algo complejo, pero creo que lo que hace este texto es, simplemente, renunciar a explicarla. Hay temas como el de la performatividad, que son ejes básicos y que nombra por encima. Y, en el caso de lo de la identidad performativa, la nombra, pero no la explica. Dice, literalmente: “Estamos construyendo nuestra identidad constantemente. Así pues, la teoría Queer plantea que tanto el género como el sexo son una construcción, un planteamiento que está en permanente contestación.” Pero no explica nunca el porqué, y es algo que hace bastante a lo largo del texto. Yo estoy de acuerdo, es algo que objetivamente me parece poco discutible, pero no lo explica, dice que es así y ya entenderás tú. Por todo ello, creo que es un texto que más que aclarar la visión de un ignoto en este campo, la confundirá.